

# El legado de don Alejandro

La Nación tan llena, últimamente, de conflictos internacionales, me golpea con la noticia de la desaparición terrenal de don Alejandro Aguilar Machado.

Persona ejemplar desde todo punto de vista, fue declarado por el Congreso, con toda justicia, Benemérito de la Patria. Y digo con toda justicia porque últimamente ese título que sólo debe otorgarse en muy raras ocasiones y sólo a personas de méritos verdaderamente extraordinarios, ha sido concedido con mucha liberalidad, y si se sigue por ese camino, y de acuerdo con los merecimientos de algunos de los candidatos que se han presentado en los últimos meses, el título pasaría a ser una especie de condecoración de la Legión de Honor tica y en las reuniones de gente "importante" destacarían más bien los que no la llevaran.

Cuando se le otorgó esta distinción a don Alejandro, escribí en esta misma página 15 un artículo, que se iniciaba con los siguientes párrafos:

"De niño me contaba cuentos que luego, al pasar los años, comprendí que eran hechos históricos. Y mi mente se pobló no de hadas ni monstruos ni gigantes, sino de reyes y siervos, de fanáticos religiosos que llevaban seres humanos a la hoguera...

Como era íntimo amigo de mis padres, a menudo pasaba sus vacaciones en la finca que entonces teníamos en Rancho Redondo. Llevaba una gran cantidad de libros y, en las tardes, al bajar el sol detrás de los lejanos árboles, leía, a veces en voz alta, otros 'cuentos' más extraños todavía, y sus pensamientos se iban por los caminos de la filosofía y la poesía.



Mario Madrigal

Nos enseñó a dejar afuera, en las noches llenas de luciérnagas, un pequeño plato con agua y azúcar para que al día siguiente pudiéramos chupar las pequeñas costras de hielo que se formaban sobre el agua fría. Nos acompañaba a caminar muy temprano por los campos cubiertos de flores y de escarcha y nos enseñaba, mientras un vaho azulado salía de nuestras bocas, los nombres de los árboles, de las plantas, y de los pájaros que encontrábamos en el camino.

A veces nos montábamos en una carreta y nos íbamos por caminos polvorientos en busca de moras o flores silvestres para adornar la casa. Y mientras las ruedas de la carreta cantaban las notas que les proporcionaba el pentagrama del camino, don Lilito tejía historias en el aire con su voz pausada y un poco triste."

En aquella ocasión me llamó por teléfono para agradecerme el artículo que, indicé, lo había emocionado mucho. Y me agradó —y sorprendió un poco— la claridad de pensamiento y la fuerza de las palabras de un hombre de una edad tan avanzada. Le prometí ir a visitarlo allá, en su pequeña casa en Alajuelita, promesa que, como tantas otras que se hacen con la mejor buena voluntad, no pude cumplir. Ahora habrá que esperar hasta que la tierra y el tiempo nos reúnan en el común denominador de las espigas.

Pero su paso por la tierra no ha sido en vano. No tuvo hijos de la carne, pero sí muchos espirituales. En la política, en los negocios, en las artes, en todas las actividades del país, son muchos los ciudadanos que recibieron sus enseñanzas y que transformaron sus palabras en pequeñas o grandes sabidurías.

Don Alejandro nos dejó el legado más valioso que existe: no el dinero que desaparece con el tiempo, sino la enseñanza que permanece eternamente, la inmortalidad que da, no la sangre, sino el pensamiento.